Capítulo 5 - Magia de la suerte - El último Orellen

Magia de la suerte

Todos sabían que la magia de la suerte era un campo de estudio inútil y desprovisto de valor práctico.

Lanzar una moneda mil veces, y el mago de la suerte ganaría quinientas una veces. Era una verdad evidente.

La magia espacial en sus niveles iniciales apenas tenía utilidad. La magia de la suerte en niveles bajos era, en realidad, perjudicial. Incluso un usuario cauteloso tenía muchas más probabilidades de equivocarse que de tener éxito. Y los logros que alcanzaba siempre serían mínimos.

El campo en sí se consideraba más bien una curiosidad histórica que una disciplina en la actualidad. Ninguna de las familias mágicas serias concedía a sus miembros los recursos necesarios para estudiarla.

Así, cuando se evaluó la capacidad mágica de Iven Orellen en su juventud y se constató que era magia de la suerte, se le asignó inmediatamente uno de los tutores disponibles de la familia. Obviamente, sus mayores pensaron, su formación en otra disciplina debía comenzar lo antes posible. Era un chico inteligente, con buenos niveles básicos de poder. En unos años, si se esforzaba, podría alcanzar a sus compañeros incluso en un campo en el que tenía menos inclinación.

Iven eligió con responsabilidad a un maestro especializado en encantar objetos. Se consideraba un conjunto de habilidades especialmente valioso en una familia de comerciantes, y dado que debía comenzar desde cero, mejor hacer felices a todos.

Trabajó con dedicación. Trabajó, en verdad, con mucho empeño. Estudió mientras los demás niños jugaban, grabando runas hasta que sus dedos temblaban, forzando el maná en los patrones necesarios aunque sentía como si intentara soplar barro a través de una caña.

Él… no era terrible en ello.

Pero nunca encontraba placer en la tarea. Nada era nunca fácil. Y parecía que, al menos, los otros jóvenes Orellen, estudiando su magia espacial apenas útil, a veces se divertían.

“¿Cuándo,” preguntó a su maestro, “empezaré a gustarme el encantamiento?”

La mujer alzó las cejas. “Deberías considerarte afortunado de poder aprender una magia que, aunque no sea tu inclinación natural, dominas tan bien,” dijo. “Algunos ni siquiera pueden.”

“¿De verdad será siempre así de difícil?”

“Por supuesto,” respondió sin rodeos. “No eres un encantador nato.”

Iven, con solo diez años, era pragmático. Pero no era lo suficientemente práctico como para aceptar que pasaría el resto de su vida miserable practicando magia.

Continuó estudiando, pero ya no le prestaba toda su atención. Su avance como encantador se ralentizó hasta casi detenerse.

En cambio, concentró sus esfuerzos en la bibliotecaria más abuela de los archivos de enseñanza del Enclave. Tras varios meses de insistir y algunas lágrimas, la mejor razón de la mujer se agotó.

“Bien, niño, bien,” suspiró una tarde, mirando su rostro lleno de lástima desde su escritorio. “El equipo de adquisiciones buscará pergaminos sobre magia de la suerte. Los dioses saben que nadie más los usará, pero al menos no deberían ser muy caros.”

“Gracias, tía,” dijo Iven, iluminándose al instante. “Prometo que te haré sentir orgullosa.”

Unas semanas después, comenzaron a llegar los pergaminos. Había muchos más de los que Iven había previsto. Aparentemente, algunas personas los habían regalado gratis al hacer otras compras con el equipo de adquisiciones.

“Bueno,” dijo la bibliotecaria, mientras le colocaba en una mesa media docena de los más básicos. “Cuando no funcione, al menos aprenderás del fracaso.”

Iven ya había decidido no fracasar. Si nunca dejaba de trabajar en un proyecto, entonces no podía decirse que lo hubiera fallado.

Rápidamente descubrió que todos los dichos antiguos acerca de los practicantes de la suerte eran ciertos. Los hechizos básicos eran basura. Eran complicados, tomaban horas y no lograban hacer nada. Quizá, si hubiera sido inmortal, capaz de lanzarlos miles de veces, habría visto algún efecto. Pero, en su caso, Iven no lograba que sucediera nada particularmente afortunado, sin importar qué intentara.

Pero resultaba divertido.

Su magia fluía naturalmente cuando realizaba hechizos inútiles de suerte. Le producía un cosquilleo agradable por dentro. Sentía como si hubiera estado trabajando con pesados pesos sobre su cabeza todo ese tiempo y finalmente alguien los había eliminado.

Así que continuó.

Si los hechizos no servían de nada, profundizaría en los registros en busca de opciones más poderosas.

Comenzó a estudiar rituales. Requerían días para prepararse y gastó toda su paga en ingredientes. La gente empezó a susurrar que tenía queso en la cabeza.

Pero al menos algunos rituales surtían efecto. O eso parecía.

Era un efecto diminuto, en asuntos mínimos. Iven había leído en un pergamino casi en su totalidad una crítica al uso de la magia de la suerte, que el éxito dependía de intentar influir en las cosas de menor importancia posible. Por eso, realizaba sus elaborados rituales de días con objetivos absurdos en mente.

Cuando tenía dieciséis años, se inscribió en el examen anual de herbolarios del Enclave. Esto no era porque tuviera interés en ser herbolario, sino porque inscribirse hacía que los adultos a su alrededor sintieran que quizás estaba comenzando una nueva etapa. Hizo un estudio superficial del material, lo suficiente para superar a los peores de los otros examinados, y luego disfrutó del tiempo libre que le había dado para preparar su ritual más elaborado hasta ese momento.

Pasó tres semanas intentando subir su puntuación en el examen gracias a la suerte.

El examen, que buscaba demostrar dominio en identificación y uso intermedios de hierbas, consistía en casi cinco mil preguntas. Era necesario pagar para realizarlo, para remunerar a los tres correctores que leerían su papel y emitirían su veredicto final.

Al final, el desempeño de Iven fue tan pésimo como había anticipado. Pero hubo una anomalía.

Durante los días siguientes, mientras releía su propia prueba en la biblioteca, encontró preguntas que claramente había fallado y que habían sido marcadas como correctas. Había cinco. Todas habían sido mal calificadas por los tres correctores. Las probabilidades de que eso ocurriera de forma natural eran escasas… muy escazas, considerando que los correctores no cometieron ningún otro error.

Solo esas cinco, todas a su favor.

Aquí tenía una prueba, tan sólida como la que nunca había tenido, de que sus rituales de suerte podían funcionar. Solo que su efecto no podía verse claramente a menos que apuntara a algo como ese examen. Debió haber sido la cantidad absurda de preguntas—la enorme oportunidad para que la magia actuara a su favor—lo que hizo esto posible.

Iven reflexionó durante días sobre este hallazgo, cada vez más incómodo con sus propias conclusiones. Su suerte solo funcionaba a su favor cuando le daba una gran cantidad de cosas en las que trabajar, siempre que esas cosas fueran insignificantes.

Había logrado su primer éxito verdadero, pero se sentía profundamente desanimado.

¡Dioses! Quizá en realidad era un completo idiota. ¿Qué se supone que debía hacer un mago con ese tipo de poder?

Su sospecha era que todo el ritual habría tenido casi nula influencia en él si aumentar su puntuación pudiera haberlo colocado por encima del umbral que le habría dado un lugar entre los herbolaristas junior del Enclave. La carga mágica de provocar hasta ese pequeño cambio en el destino habría sido demasiado.

Tenía sentido. Iven lo sabía. Los cambios mágicos directos y controlados en el destino eran un poder aterrador. Muy por encima de cualquier mago vivo del que hubiera oído hablar.

Era como intentar cambiar tu rumbo levantando toda la carretera y moviéndola, en lugar de simplemente apuntar tus pies en una dirección diferente. Había sido demasiado soñador.

¡Pero maldición! Realmente le gustaba la magia de la suerte. Y odiaba profundamente la invocación.

Sus padres estaban furiosos porque había fallado en el examen. Su maestro de invocación finalmente le advirtió que lo dejaría por estudiantes más dedicados si no abandonaba por completo la magia de la suerte. Sus amigos aún le apreciaban, pero ahora eran lo suficientemente mayores para que su obsesión por un arte mágico tan oscuro y sin sentido pasara de ser una peculiaridad graciosa a un tema incómodo del que no les gustaba hablar.

Sabía que necesitaba recomponerse, pero en su lugar, se hizo un puchero durante toda una semana.

Dejó de lado los pergaminos de enseñanza adecuados para su nivel como joven mago y empezó a leer el diario de Wex—un antiguo practicante de la magia de la suerte que alcanzó el nivel más alto de competencia registrado. Era mucho antes de que los rangos mágicos estuvieran más o menos estandarizados en todo el continente, pero sus afirmaciones indicaban que era algo así como un hechicero que había llegado a la fase de la supremacía.

Justo debajo de un mago.

La mayoría de los historiadores consideraban que el diario de Wex era una obra de ficción. Pero a Iven le había gustado cuando tenía diez años. Le gustaba imaginar que algún día superaría a Wex.

No lo había vuelto a leer en años, y ya no soportaba su perspectiva más madura. Wex era claramente un idiota—del tipo de hombre que se encontraba tan interesante que nadie más podía soportarlo.

En la peor depresión de su vida, Iven leyó la historia de Wex para poder enojarse con alguien que no fuera él mismo.

Y esta doncella, impresionada por mi conocimiento del flujo y reflujo del destino, viajó a mi lado durante millas, su hambre básica por mí tan clara para mis ojos como las variaciones de mi señora suerte…

“Sí,” dijo Iven con voracidad, “porque toda mujer que camina en la misma dirección que tú tiene hambre de ti. Tiene sentido.”

Le dije que entre ella y yo no podía haber nada, porque ella era de noble cuna y tenía un semblante desafortunado. Y la permití salvar algo de su honor discutiendo poco cuando insistió en que había entendido mal su intención.

“Espero que te haya dado un golpe en la ingle por llamarla pobre y fea,” dijo Iven, pateando una de las patas de la mesa de la biblioteca con más fuerza de la necesaria.

Él y Wex continuaron en esa línea un rato. Wex muy lleno de sí mismo, Iven muy molesto por ello.

Y si no fuera porque mi mayor poder requiere tanto de mi cuerpo como de mi magia, seguramente hubiera superado este punto…

“Quejidos, quejidos, quejidos,” dijo Iven. Ese era la queja más frecuente de Wex. Consideraba su mayor poder como practicante de magia de la suerte a lo que llamaba su 'Sensación de las Vaguedades del Azar'. Parecía una forma demasiado elaborada de decir que podía percibir si alguien o algo más era afortunado o no.

Aparentemente, el hechizo que Wex utilizaba para esto era una combinación que él mismo había ideado entre magia avanzada de la suerte y magia básica de empatía. Y Wex, siendo un idiota, no era bueno en magia de empatía.

Wex quería poder usar su 'Sensación de las Vaguedades del Azar' y luego seguir con una de sus técnicas para alterar la suerte de otros. Presumiblemente, con la intención de engañar más fácilmente a la gente para que le entregara su dinero, que era su pasatiempo favorito.

Pero usar el hechizo de percepción le agotaba tanto que nunca lograba completar el siguiente conjunto de hechizos.

Iven resopló al leer una y otra vez la misma queja. A Wex, aparentemente ajeno a las limitaciones de su propia personalidad, había llegado a creer que esas restricciones en su 'Sensación' eran causadas por una barrera creada por los dioses para evitar que se volviera demasiado poderoso.

“Idiota,” resopló Iven. “No eres Hamila de la Lámpara. Los dioses ni siquiera saben tu nombre. ¿Y por qué tuviste que inventar un hechizo tan elaborado? ¿Por qué no usaste simplemente una técnica de adivinación?”

Incluso un practicante de nivel mago como él podía realizar una simple adivinación del estado actual de un objeto o una persona cercana. Claro que existían alrededor de mil formas de impedir que alguien te leyera la suerte, pero solo si tú también eras un mago. Wex se preocupaba porque tenía dificultades para sentir la suerte de su tabernero local, por el amor de los dioses.

Arrogante imbécil, pensó Iven. Wex había desperdiciado años de su vida intentando abrir una puerta porque pensaba que era demasiado especial para llamar a la puerta.

Sin embargo, un momento después, una confusa revelación atravesó la mente de Iven. “Espera...” dijo en voz alta. “¿Por qué nadie más intenta adivinar la suerte?”

Buscó en sus recuerdos, tratando de imaginar a alguien que lo hubiese hecho. Pero Wex era el único personaje histórico que incluso había mostrado interés en leer la suerte de los demás. Todo el campo de la magia de la suerte, tal como existía, se basaba en la premisa de que su propósito era cambiar la fortuna.

Mover toda la senda del destino en lugar de simplemente leer el mapa.

Pero si tienes un mapa, pensó Iven, ¿no sería mejor simplemente dar la vuelta y seguir en una dirección más favorable?

Iven Orellen aún no lo sabía, pero esa simple idea sería la más importante que jamás tendría.

Revisión #1
Creado 22 abril 2026 04:37:16 por Alice Johnson
Actualizado 22 abril 2026 04:37:19 por Alice Johnson